

LA GEOGRAFIA EN EL PROYECTO DE LA MODERNIDAD

Miguel Angel Silva

Departamento de Geografía. Fac. Humanidades y Cs. Educación.

Universidad Nacional de La Plata

El presente trabajo, tiene como objetivo central, esclarecer acerca del rol desempeñado por los distintos discursos geográficos que forman parte de los denominados grandes meta relatos, que constituyeron y solidificaron la apropiación del mundo por parte de la intelectualidad modernista. Si bien es cierto, que los mismos varían considerablemente de país en país, siendo que dichos discursos geográficos constituyen una fragmentación de estos meta-relatos, que al fin y al cabo, son la esencia del pensamiento modernista.

La Modernidad, está constituida por discursos científicos, vanguardias estéticas y políticas y utopías superadoras y revolucionarias.

Me ha parecido conveniente, fijar una visión general y globalizadora, acerca de la Modernidad como proyecto; para luego interpretar los discursos geográficos inherentes a la misma.

Es así, que comenzaremos estipulando que la Modernidad, según la mayoría de los autores consultados, es fijada cronológicamente en el siglo XVIII, o sea en el siglo de las Luces, aunque algunos estudiosos rastrean sus orígenes más profundos en el siglo XVI. Esta Modernidad, con sus proyectos implícitos, consolidará la sociedad, la economía, cultura, técnica e instituciones, regimentadoras del mundo occidental hasta nuestros días.

Primeramente, se darán las principales características, alcance y propósitos del proyecto modernista, para finalizar con las principales conceptualizaciones de un autor que considera, que la modernidad constituye un proyecto inacabado, el autor es el filósofo alemán Jürgen Habermas. Independientemente de este autor, se pueden citar defensores acérrimos de la Modernidad, tales como Perry Anderson, Marshall Berman, como así también otros de gran talla intelectual, que viven y anticipan el fracaso de la misma, constituyéndose en los primeros «desencantados», de la Modernidad como pueden ser Max Weber o Theodor Adorno.

Por lo tanto, definiremos en forma a-crítica los rasgos constitutivos del pensamiento modernista, pasaremos a la conceptualización de Jürgen Habermas, referenciando los síntomas del desencanto, en Weber y Adorno, finalizando con las conceptualizaciones de autores que constituyen la crítica demoledora, sobre el proyecto modernizador, como por ejemplo Lyotard, Vattimo y Baudrillard, entre otros.

El rasgo más general del proyecto modernizador se constituye a partir del dominio y el control de la realidad (apropiación del mundo) y el desarrollo autónomo del individuo.

En su interesante libro M. López Gil, nos establece este punto de partida que considera necesario para entender el proyecto moderno y es así que: «La idea de control y progreso se relaciona estrechamente con el nivel económico. El saber y la organización social, política y cultural contribuyen o entorpecen la persecución de tal idea. Contribuyen con él

los avances científicos, unidos a sus aplicaciones tecnológicas. Así, éstos adquieren pronto el carácter de aliados. La organización socio-política entorpece su desarrollo y tiene que ir adecuándose a las concreciones de este ideal. Tales adecuaciones conllevan enfrentamientos y luchas, que también se extienden a lo cultural. Como consecuencia, el proyecto moderno se explicitará de manera peculiar; es decir, adquirirá una estructuración a-conforme a las circunstancias. De la confluencia de varios factores, pero especialmente de las prácticas y experiencias económicas de la futura burguesía, surge este ideal de dominio y control...» (López Gil, M.: Filosofía, Modernidad, Posmodernidad. Edit. Biblos. Bs. As. 1992 pp 30).

Obviamente, que en este sentido, pareciera que la modernidad anticipara el camino para el surgimiento del sistema que desde distintos ángulos, esta implícito en su ideal progresista, o sea el sistema capitalista.

Uno de los problemas centrales, llevado más a un plano teórico, surge cuando la modernidad trata de desembarazarse de su concepción de mundo anterior a su nacimiento: o sea el mito. Para lograr la superación que los ilustrados, tenían como sistemas precedentes: el mito y la magia, debieron apelar a contraponer la razón, como el antídoto neutralizador.

A partir de la Ilustración, el hombre será el ser todopoderoso, que racionalizará sus aspiraciones, que usufructuará, interpretará, modificará y transformará la naturaleza. Ya no es necesario, hacer preguntas a los dioses para resolver los problemas que únicamente, le son inherentes a él. La confianza, el optimismo, constituyen su teleología.

Se edifica, entonces, una nueva red de significantes para entender a la sociedad y a la naturaleza.

Pues, como la Modernidad, significa una visión alentadora y proclive a la acción transformadora, debe fijar sus cimientos en ejes centrales para poder construir su enorme edificio cognoscitivo.

Los tres ejes fundamentales en los que basará sus discursos, se explicitarán a través de:

1. LA IDEA DE PROGRESO.
2. LA CONFIANZA EN LA RAZON.
3. LA CONSTRUCCION DE UTOPIAS Y VANGUARDIAS.

Hablaremos, de cada una de ellas, tal como la Ilustración las pergeñó y las implementó.

1. La idea de progreso: La conceptualización de la idea de progreso, se encuentra asociada directamente a la razón y aquí es necesario, abordar la concepción que se obtiene de la historia dentro de las coordenadas modernas. Según el proyecto moderno, la historia avanza de manera ascendente, existiendo una racionalidad única que regula su movimiento.

Esto nos permite, entender el futuro como superación del presente.

2. La confianza en la razón: Para analizar este tópico de primordial interés en nuestro análisis, primeramente ofreceremos una explicación globalizadora acerca de la misma,

dado la complejidad del tema, reservándonos para el otro apartado, la conceptualización habermasiana del problema.

La interpretación habermasiana, supone una caracterización de la razón pura al estilo moderno del siglo XVIII; otra de connotaciones morales y estéticas, típicas del siglo XIX y la tercera, denominada razón instrumental, como legitimadora de los proyectos modernistas en el siglo XX.

Siguiendo la línea argumental, diremos en este párrafo, como fue concebida la razón en el siglo XVIII o sea, en la Ilustración. El individuo a partir de este siglo, queda enmarcado por luchas políticas, sociales y principios de legitimación de la economía capitalista. El hombre se lanza en aras de la razón, para explicar el mundo científicamente, el proyecto es avalado, a su vez, por los filósofos de la Ilustración, siendo necesario y oportuno, recordar a Kant, al respecto, como un posible referente, para la legitimación de la razón durante los siglos venideros.

3. La construcción de vanguardias y utopías: Estas son una de las principales creaciones del proyecto modernizador. Para ello, se ha consultado, los libros de Felipe Arocena: *La modernidad y su desencanto* y el libro de Paul Ricoeur: *Ideología y utopía*.

Bosquejaremos, la diferenciación que hace Paul Ricoeur, de estos dos términos, que tanto han dado que hablar y discutir.

En este libro, su compilador, en el capítulo introductorio, nos aclara, sobre la visión de Ricoeur, acerca de esta diferenciación y es así que: «Sin embargo, resulta en cierto modo artificial considerar sólo el aspecto de innovación de la imaginación porque tanto la ideología como la utopía son procesos de imaginación».

Por un lado, la imaginación puede funcionar para preservar un orden. En ese caso, la función de la imaginación consiste en producir un proceso de identificación que refleja el orden. Aquí la imaginación tiene la apariencia de un cuadro. Pero, por otro lado, la imaginación puede tener una función destructora. Puede obrar como agente demoleedor. En este caso, su imagen es productiva, una imagen de algo diferente, de otro lugar. En cada uno de sus tres papeles, la ideología representa la primera clase de imaginación que tiene la función de preservar, de conservar. La utopía, en cambio, representa la segunda clase de imaginación que es siempre una mirada procedente de ninguna parte» (CONFERENCIA 15).

Si la ideología es imaginación a manera de cuadro, la utopía es imaginación como ficción. «En un sentido toda ideología repite lo que existe justificándolo, y así ofrece un cuadro de lo que es. En cambio la utopía tiene la fuerza ficticia de redescibir la vida» (CONFERENCIA 18).

Estas citas son interesantes en la obra de Ricoeur y podrían ser el punto de partida para ulteriores investigaciones exhaustivas sobre la problemática planteada (Ricoeur, Paul: *Ideología y utopía*. Edit. Gedisa. Bs. As. 1991. pp 28).

Tanto las vanguardias, como las utopías; las primeras adquiriendo tonalidades estéticas y culturales, las segundas referidas al plano socio-político y económico; logran un

entrecruzamiento a manera de complementarización que ayudan a forjar el ideal modernista.

Si la historia fija su sentido en forma única y continua, por lo tanto estaría facultada para tomar por parte de un determinado grupo social, una direccionalidad normativa a escala global. La utopía ilustrada y la utopía industrialista serían la base del proyecto modernizador, que a su vez se resumiría en una tendencia etno-centrista, racionalista y mecanicista.

Ahora bien, ¿Qué rol desempeñan las ideologías en este contexto?. Martín Hopenhayn, las entiende como: «Una visión integrada del mundo que permite explicar una gran diversidad de fenómenos en base a unos pocos principios básicos, desde los cuales se proyecta una imagen deseada de orden considerada útilmente válida y que puede coincidir en mayor o en menor medida con el orden vigente». Por ende, las ideologías son entendidas como imágenes de un orden social ideal que posee fuerza orientadora para tomar decisiones en el presente, determinando direccionalidad hacia el futuro. En una forma sencilla, podríamos decir que la modernidad, forjó los dos grandes sistemas ideológicos del siglo XX: el liberalismo y el marxismo.

A manera de síntesis, resumiríamos, siguiendo a Jorge Glusberg, que la Modernidad generó los metarrelatos, en términos históricos, para legitimar el saber desde el punto de vista político y social. Y que: «Esos metarrelatos tienen por centro la idea de la emancipación, y pueden reducirse a tres arquetipos fundamentales: el metarrelato iluminista sobre emancipación de la ignorancia y de la servidumbre por medio del conocimiento y la igualdad; el metarrelato idealista sobre emancipación progresiva de la razón y de la libertad; y el metarrelato marxista sobre emancipación de la explotación y la alineación por medio de la socialización del trabajo. Pero Lyotard incluye también el metarrelato cristiano, sobre emancipación (o redención) del pecado original por obra del amor; y el metarrelato liberal (en términos económicos) sobre emancipación de la pobreza por medio del desarrollo tecnoindustrial del capitalismo.» (Glusberg, Jorge: *Moderno Post moderno*. Ediciones Emecé. Bs. As. 1993. pp 140).

Una vez delineado, sumariamente, en que consiste el proyecto modernizador pasará a realizar una serie de referencias y conceptualizaciones, que sobre el tema, piensa Jürgen Habermas, anticipando que el mencionado autor en realidad constituye un crítico de la Modernidad, tratando de recuperar lo que es verdaderamente rescatable del proyecto modernizador.

Habermas, interpreta que la Modernidad, basó su accionar, en tres esferas. Estas tres esferas, en realidad parten de la tesis de Max Weber, quién caracterizó a la cultura occidental como el producto del divorcio de estas tres esferas, de la religión y de la metafísica, que se escindieron de forma autónoma. Es así que desde el siglo XVIII, los problemas heredados de la vieja concepción del mundo pudieron así organizarse según aspectos específicos de validez (verdad, derecho normativo, autenticidad y belleza) y fueron tratados como problemas de conocimiento (esfera de la ciencia), de justicia (moral) y de gusto (arte). Así también se institucionalizaron el discurso científico, las teorías morales y la jurisprudencia, y la producción y la crítica de arte. Cada uno de estos dominios correspondía a otras profesiones culturales, que enfocaban los problemas con perspectiva de espe-

cialistas. Este sistema funda por ello la racionalidad cognoscitivo-instrumental, la racionalidad moral-práctica y la racionalidad estético-instrumental, la racionalidad moral-práctica y la racionalidad estético-expresiva (Glusberg, J: op. cit. pp 204).

Estas tres esferas: cognitivo-instrumental, estético-expresiva y moral, son ubicadas por Habermas, acerca de su rol legitimador y es así, que, en el siglo XVIII, se desarrolló intensivamente las esferas estético-expresiva y la moral; mientras que durante el siglo XIX y el XX, se desarrolló la cognitiva-instrumental. En su libro Teoría de la Acción comunicativa, Habermas nos resume con estas palabras, su proyecto de salvación del mundo moderno:

«Si comenzamos a partir de la idea de que las estructuras modernas de la conciencia se condensan en los tres complejos de racionalidad mencionados anteriormente (el instrumental-cognitivo, el práctico-moral, el estético-expresivo), podemos pensar entonces en la racionalidad estructuralmente posible de la sociedad como si fuera una combinación de las ideas correspondientes (de los dominios de la ciencia y la tecnología, la ley y la moralidad, el arte y el erotismo) con los intereses, y su incorporación a los órdenes de vida correspondientemente diferenciados. Este modelo (bastante arriesgado) nos capacitaría para establecer las condiciones necesarias de un padrón no selectivo de racionalización: las tres esferas de valores culturales tienen que conectarse con los sistemas de acción correspondientes de tal modo que la producción y transmisión del conocimiento especializado según los requisitos de validez esté asegurado; el potencial cognitivo desarrollado por culturas especializadas tiene que pasarse, a su vez, a la práctica comunicativa de la vida cotidiana y hacerse fructífero para los sistemas de acción social; finalmente, las esferas de valor cultural tienen que institucionalizarse equilibrándose de tal modo que los órdenes de vida correspondientes sean lo suficientemente autónomos como para evitar su subordinación a las leyes intrínsecas de órdenes de vida heterogéneos.» (Habermas, J: Teoría de la acción comunicativa. Vol. I. pp 239-240).

En su texto: La modernidad y su desencanto, Felipe Arocena, que se utilizó en buena medida para el tratamiento de estas cuestiones; resume aproximadamente, así la propuesta habermasiana: «Para salvar y continuar el proyecto de la Modernidad, Habermas considera necesario:

- a) la acumulación o aprendizaje del conocimiento propio de cada una de las esferas.
- b) Que los contenidos de cada una de las esferas sean incorporados a la vida cotidiana y no permanezcan en los ghettos de expertos culturales.
- c) Que las tres esferas se comuniquen mediante la unidad de la razón en sus diferentes momentos, es decir, que, tanto como la ciencia, la moralidad y el arte, también sean plausibles de un tratamiento racional aunque cada una de las esferas tenga un tipo particular de argumentación racional.»

Sin lugar a dudas, que la propuesta de Habermas se constituye de tal manera pues tiene que defender el proyecto de la Modernidad, ante la irrupción de la Postmodernidad.

En este sentido, cabría aclarar, que el «desencanto», con la modernidad procede de Nietzsche, Max Weber y de Theodor Adorno, a la sazón profesor de Habermas en Frankfurt. Creo que bajo ningún concepto se pueden catalogar a estos pensadores como ajenos al

mundo moderno, lo que resulta interesante, es que fueron los visionarios, que anticiparon las falencias y debilidades del mundo moderno, a principios del siglo XX, precisamente, cuando la modernidad se encontraba en su pleno apogeo y desarrollo.

¿Qué es la posmodernidad?, este tema que pareciese sacudir de forma notoria los círculos intelectuales, ofrece numerosas lecturas e interpretaciones. Diremos algunas palabras acerca de los que adhieren al pensamiento postmodernista, para finalizar, con aquellos que lo descalifican, citando algunas frases claves (con la excepción de Habermas).

En una primera aproximación la postmodernidad, descreo de las ideologías, de las utopías, de la superación, de la razón, de la historia.

Los primeros intelectuales, en marcar las falencias de la modernidad, fueron J. F. Lyotard, Gianni Vattimo, Jean Baudrillard, Jencks, Derrida, etc. Si la modernidad, supone nuevas expectativas en la vida cotidiana, grandes proyectos de transformación y visión hacia un futuro mejor; para Lechner, la posmodernidad sería «un desencanto con el desencanto».

Jean Baudrillard, nos ofrece un distanciamiento no crítico, sino irónico y una indiferencia radical. Pues, a la ausencia de sentido y a la pérdida de ilusiones, propone la resistencia de la ironía.

La posmodernidad, no cree en ningún movimiento revolucionario, ya que: «No habiendo una dinámica emancipadora que corra por debajo de los acontecimientos o que guía las acciones de la humanidad, nada nos permite cuestionar la sociedad de consumo, el derroche, la alienación del trabajo, la brecha creciente entre los países industrializados y países en desarrollo, la marginalidad social, el tecnocentrismo o el uso que se hace de las fuerzas productivas». (Hopenhayn, Martín: El debate postmoderno y la dimensión cultural del desarrollo, en: Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada posmoderna. CLACSO. 1988).

Ahora, tomaré dos autores que revalorizan la modernidad. El primero, es Marshall Berman, para quien: «Ser modernos es vivir una vida de paradojas y contradicciones. Es estar dominados por las inmensas organizaciones burocráticas que tienen el poder de controlar, y a menudo de destruir, las comunidades, los valores, las vidas, y sin embargo, no vacilar en nuestra determinación de enfrentarnos a tales fuerzas, de luchar para cambiar su mundo y hacerlo nuestro. Es ser, a la vez, revolucionario y conservador: vitales ante las nuevas posibilidades de experiencia y aventura, atemorizados ante las profundidades nihilistas a que conducen tantas aventuras modernas, ansiosos por crear y asirnos a algo real aún cuando todo se desvanezca». (Berman, Marshall: Todo lo sólido se desvanece en el aire. Edit. Siglo XXI, Bs. As. 1989).

Para el profesor Ricardo Maliandi, especialista en ética, en su libro: Dejar la posmodernidad, establece en el prólogo que:

- 1) lo positivo de nuestra época es que la modernidad ha muerto (o se encuentra en agonía irreversible).
- 2) Lo negativo de nuestra época es que la modernidad no ha muerto todavía.

3) Lo negativo de nuestra época es que la modernidad ha muerto (o se encuentra en estado irreversible).

4) Lo positivo de nuestra época es que la modernidad no ha muerto todavía.

Las tesis 1 y 2 son variables del pensamiento posmodernista. Es importante distinguir las entre sí, y también de la 3, que no es genuinamente insertable en el posmodernismo, sino que constituye una típica lamentación pesimista finisecular.

Creo, por mi parte, que la única razonable es la 4, aunque no trataré de defenderla a ultranza, porque no estoy dispuesto a sostener que no exista (coexistiendo con lo moderno) algo así como un ethos y un pathos posmodernos, ni que éstos carezcan de todo valor positivo».

Este autor, se convierte en un defensor de la razón, de la universalidad, del consenso, etc.; esencia misma de la modernidad.

Finalizando el presente trabajo, ¿cómo se articula la crisis de la modernidad con la geografía?

Indudablemente, que los discursos geográficos que reconocen su matriz en las visiones analógicas de Humboldt y Ritter, constituyen el primer eslabón del pensamiento modernista, por la filiación romántica de los geógrafos.

Un geógrafo español, Nicolás Ortega Cantero, desde una óptica que yo, denominaría conservadora o mejor dicho, cautelosa, propone que en el centro del pensamiento geográfico, se reviva ese ideal romántico. La crítica va dirigida posteriormente a las denominadas corrientes superadoras de la ciencia geográfica, pues para este autor pareciese no interesarle en demasía, las mismas. Personalmente, creo que puede constituir un exceso de ansiedad intelectual, adherirse implacablemente a la corriente de moda y creo también, coincidiendo con este autor, que las superaciones no siempre significan la presencia de un «pensamiento superior»; lo que no coincido es que, aún revalorizando el horizonte clásico, nos detengamos impertérritos ante la evolución del pensamiento contemporáneo. La geografía en el siglo XX, participó de los grandes meta-relatos modernos, a través de la incorporación de direcciones dialécticas.

Estas direcciones, constituyen la parte sustancial del impulso legitimador modernista, en su afán de apropiación del mundo, y si las mismas se encuentran en crisis; ¿Qué podemos realizar, cuando para cierta intelectualidad, agonizan estos discursos constitutivos de la Modernidad?

Bajo ningún concepto, legitimo el pensamiento postmodernista; aunque, sí considero oportuno realizar una serie de auto críticas a los discursos legitimadores de la modernidad, ya no con el objeto de demostrarlos, sino con el fin expreso de afianzarlos.

En última instancia, propongo no exacerbar la euforia modernista, desde nuestra disciplina, ya sea desde las posturas excesivamente ideologizadas, como de aquellas asepsias científicas.

Significa un alerta, que a su vez nos obligue, con nuestra mirada a observar, las constantes y continuas fluctuaciones, del horizonte geográfico y desde una perspectiva crítica,

rever lo actuado y en base a la tradición legada por el pensamiento moderno -avanzar firmemente- para lograr una ciencia dinámica y activa, generadora de nuevas propuestas, que inciten a respuestas profundas; pero no propuestas y respuestas, que impliquen ausencias axiológicas o teñidas de inútiles ideologismos. Sino propuestas y respuestas que se orienten concienzudamente, a tratar de develar los complejos procesos espaciales, como resultado de la interactuación del hombre con la naturaleza.

Citas

1. López Gil, M: «Filosofía, Modernidad, Posmodernidad». Edit. Biblos. Bs. As. 1992.
2. Ricoeur, Paul: «Ideología y utopía». Edit. Gedisa. Bs. As. 1991.
3. Glusberg, Jorge: «Moderno Post moderno». Ediciones Emecé. Bs. As. 1993.
4. Habermas, J: «Teoría de la acción comunicativa». Vol. 1.
5. Hopenhayn, Martín: «El debate postmoderno y la dimensión cultural del desarrollo», en: Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada posmoderna. CLACSO. 1988.
6. Berman, Marshall: «Todo lo sólido se desvanece en el aire». Edit. Siglo XXI, Bs. As. 1989.

BIBLIOGRAFIA

- Arocena, Felipe: La modernidad y su desencanto. Vinten Editor. Pocitos. 1991.
- Berman, Marshall: Todo lo sólido se desvanece en el aire. Editorial Siglo XXI. Bs. As, 1991.
- Glusberg, Jorge: Moderno post-moderno. Emecé editores. Bs. As, 1993.
- Habermas, Jürgen: Teoría de la acción comunicativa. Taurus. Madrid. 1991.
- Habermas, Jürgen: La lógica de las ciencias sociales. Editorial Tecnos. Madrid. 1990.
- López Gil, Marta: Filosofía, modernidad, posmodernidad. Edit. Biblos. Bs. As. 1992.
- Hopenhayn, Martín: El debate posmoderno y la dimensión cultural del desarrollo, en: Imágenes desconocidas. CLACSO. 1988.
- Mc Carthy, Thomas: La teoría crítica de Jürgen Habermas. Tecnos. Madrid. 1987.
- Jameson, Fredric: Ensayos sobre el posmodernismo. Imago Mundi. Bs. As. 1991.
- Maliandi, Ricardo: Dejar la posmodernidad. Editorial Almagesto. Bs. As, 1993.
- Ricoeur, Paul: Ideología y utopía. Edit. Gedisa. México. 1991.
- Ortega Cantero, Nicolás: Geografía y cultura. Alianza Universidad. 1988.